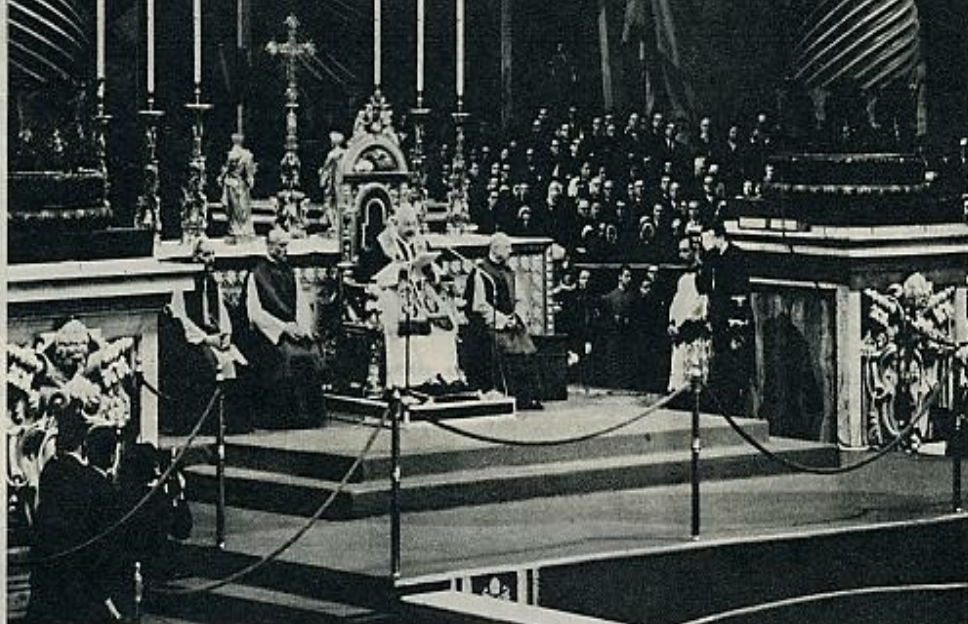


# ¿QUE HA OCURRIDO EN EL CONCILIO?



**E**N la primera audiencia general que el Papa concedió, después de su grave enfermedad, que tanto preocupa al mundo católico, habló bien claro sobre el Concilio: los Padres Conciliares han discutido «como en familia, en la que los caracteres difieren al igual que las personas, y no puede uno pensar que los Padres se deberían haber comportado como monjes en el coro», en el que no caben voces discordantes. Por el contrario: el Concilio se ha señalado por la libertad de opiniones y de discusión, cosa que ha sorprendido mucho, y muy favorablemente, a los observadores protestantes que asisten a las reuniones generales.

El Vicario de Cristo quiere adaptar la Iglesia a los problemas del mundo actual sin temor alguno, y para ello necesita que todos y cada uno de los Obispos colaboren con él en un acto de sinceridad total, planteando descarnadamente, si hiciera falta, los inconvenientes y fallos de la actual organización eclesial, mucha de la cual no es de derecho divino —por ejemplo, el modo actual de organización de la Curia Romana—, y expongan también la falta de mordiente que para la mente moderna tiene nuestra teología, tal como es expuesta en la mayoría de los manuales. En la alocución de apertura, el Papa afirmó: «Una cosa es la sustancia del depósito de la fe..., y otra la manera como se expresa», y hay que hacer un esfuerzo para ponerla «en conformidad... con la expresión literaria que exigen los métodos actuales», y «las exigencias... de carácter, sobre todo, pastoral».

Por eso se discutió tanto el esquema doctrinal titulado «De las Fuentes de Revela-

ción». Su presentación demasiado «parcial, negativa y polémica» (según dijo Máximo IV, Patriarca melquita), no representaba el pensamiento teológico más renovador. El día que el Obispo de Brujas, Monseñor de Smedt, se levantó para hacer saber a la Asamblea —en un admirable discurso— las razones que, los miembros de la Comisión para la Unión de los Cristianos, tenían en

## Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

contra del mismo, fue decisivo para inclinarse a la inmensa mayoría a votar contra él. Sin embargo no ha dejado de sorprender a algunos que se estableciese la votación de modo negativo. Es sabido que para aprobar un esquema doctrinal se necesitan dos tercios de los votantes, y como no se podía reunir la mayoría aprobatoria, se preparó la cuestión al revés proponiendo votar su rechazo, con lo que se necesitaban los dos tercios para recusarlo. De ahí que, con este sistema, faltasen unos pocos votos para el total requerido. Pero la posterior intervención del Papa rechazando definitivamente el esquema, impidió una situación insostenible en el futuro, ya que el Concilio era contrario al planteamiento del esquema, y no hubiese prosperado de ninguna manera en votaciones positivas.

Intervinieron en este debatido tema los más prestigiosos Cardenales, tanto en contra como a favor de las ideas del esquema. El Cardenal holandés Alfrink mantuvo un vivísimo diálogo con el Cardenal Ottaviani,

defensor del esquema; Doefner (alemán) presentó con vigorosa fuerza sus contundentes argumentos contra el mismo, al igual que Suenens (belga), Koenig (austriaco), Léger (canadiense), Frings (alemán), y sobre todo Bea (presidente de la Comisión para la Unión de los Cristianos), que ha resultado la figura indiscutible del Concilio. Los periódicos han hecho cábalas sobre los posibles votantes, y han agrupado en torno a los Cardenales Ottaviani, Ruffini y Siri, a casi todos los italianos, a la mitad de los norteamericanos y otros del área latina; y en contra, en general, han contado a los franceses, germanos, belgas, africanos, asiáticos, una parte de los americanos, y otros de diversas regiones. ¿Qué hay de cierto en ello? Sólo se pueden hacer conjeturas, sin que pueda afirmarse nada definitivo, pues la votación es secreta.

Por eso no es extraño que se formen dos bloques: el más pastoral y ecuménico, que quiere adaptarse a las realidades del momento (siguiendo algunas claras orientaciones señaladas por el Papa), y quienes se fijan principalmente en la defensa de las doctrinas usuales en la enseñanza escolar eclesial, sin tanta atención a la realidad actual. Estos dos grupos se forjan normalmente en toda Asamblea donde hay hombres; y no olvidemos que el Espíritu Santo se hace oír, no por medio de ángeles, sino de seres de carne y hueso.

Pero, ¿qué quiere decir eso de las «Fuentes de la Revelación»? Porque los profanos, apenas se pueden percatar de ello por las esquemáticas noticias recibidas. Hay en la Iglesia dos corrientes teológicas: una que afirma dos fuentes de la Revelación separa-



«En un campo tan amplio —dijo Juan XXIII— se comprende fácilmente que fueran necesarios varios días para llegar a un acuerdo sobre lo que, siempre presente la caridad, era causa de divergencias e inquietudes fácilmente comprensibles. Estos debates providenciales han hecho destacar la verdad, han hecho aparecer ante la faz del mundo la santa libertad de los hijos de Dios, según se da en la Iglesia.»

## ¿QUE HA OCURRIDO EN EL CONCILIO?



Treinta y seis Congregaciones Generales se han celebrado durante la primera fase del Concilio y en ellas sólo cinco de los setenta esquemas elaborados en la preparación han sido sometidos al examen de los Padres. En el mes de septiembre se reanudarán las discusiones que el Papa espera ver coronadas en la Navidad de 1963.

das: la Biblia y la Tradición oral añadiéndose la una a la otra heterogéneamente. Otros piensan, en cambio, que la Sagrada Escritura no queda así bastante realizada, y resulta incomprensible su función, si es insuficiente a todas luces como dicen los primeros. Los seguidores de esta corriente teológica afirman que la fuente fundamental de la Revelación —sin excluir la existencia de la otra— es la Sagrada Escritura, y que la Tradición oral no añade nada esencial. Como dice el padre Borrough: «Queda abierta la cuestión de saber si (hay)... verdades doctrinales que no estuvieran en la Escritura», al menos implícitamente.

La Tradición dogmática para estos autores, sería principalmente la «predicación infalible de la fe, ejercida por el magisterio vivo» que es la Iglesia (Burghardt, S. J.); pero afirmando bien claramente que «la Escritura, la cual contiene el depósito (de la fe), aventaja al Magisterio (eclesiástico), que es el que manifiesta este depósito»

(Monseñor Journet). Con esto se va contra una exposición de la doctrina católica que molesta enormemente a los protestantes de todos los tiempos, por creer que con ella despreciamos a la Biblia, y que acertadamente criticaba San Francisco de Sales en sus controversias con los protestantes: «No es la Escritura —decía el santo— la que tiene necesidad de regla ni de luz fuera de ella... son nuestras glosas, nuestras consecuencias, nuestra manera de entenderla», lo que necesita ser regulado por el Magisterio de la Iglesia.

Otro aspecto impresionante —manifestado sobre todo al estudiar los problemas de la Liturgia— es el de los testimonios, vivos y llenos de fuerza emotiva, de los Obispos africanos y asiáticos, y, en general, de todos los preocupados por la conversión de un mundo, que debemos reconocer que está realmente descristianizado, si queremos ser sinceros. Cuando se quería hacer ver que el latín ayudaba a la unidad de la Igle-

sia, fueron muchos los que presentaron ejemplos vivos de lo contrario. ¿Qué relación dice con la unión de los cristianos, el tener que oír un africano un lenguaje en la Misa que ni comprende ni dice relación alguna con su cultura? Lo único que podrá hacer es separarle de una Iglesia que no quiere hacer un esfuerzo por hacerse asequible a su mentalidad y a su civilización. Fueron muchos, por eso, los testimonios que escucharon los Padres Conciliares occidentales de crítica a su cultura latina. ¿Por qué la Iglesia ha de expresar su oración, sus cantos y sus ritos religiosos más solemnes y oficiales, en un lenguaje y un simbolismo latinos, y no comprender las necesidades que tienen estos hermanos en la fe, con otra cultura distinta y aun contraria muchas veces a la nuestra? Como decía Monseñor Bakolé, del Congo: ¿Por qué solidarizarse «con la cultura grecolatina» cuando «no tenemos nosotros el peso de tradiciones juzgadas hoy como caducas?»

El juicio es severo, pero está en su derecho de hacerlo, pues como dijo Pío XII: «Que una u otra civilización, o raza, o clase social, hayan hecho sentir su influjo preponderante en la Iglesia, no quiere esto decir que sea feudo de nadie.» El Patriarca Máximo IV, y otro compañero oriental de episcopado, han señalado esta línea, hablando en francés en los debates del Concilio, en vez de hacerlo en latín y a pesar de conocerlo perfectamente.

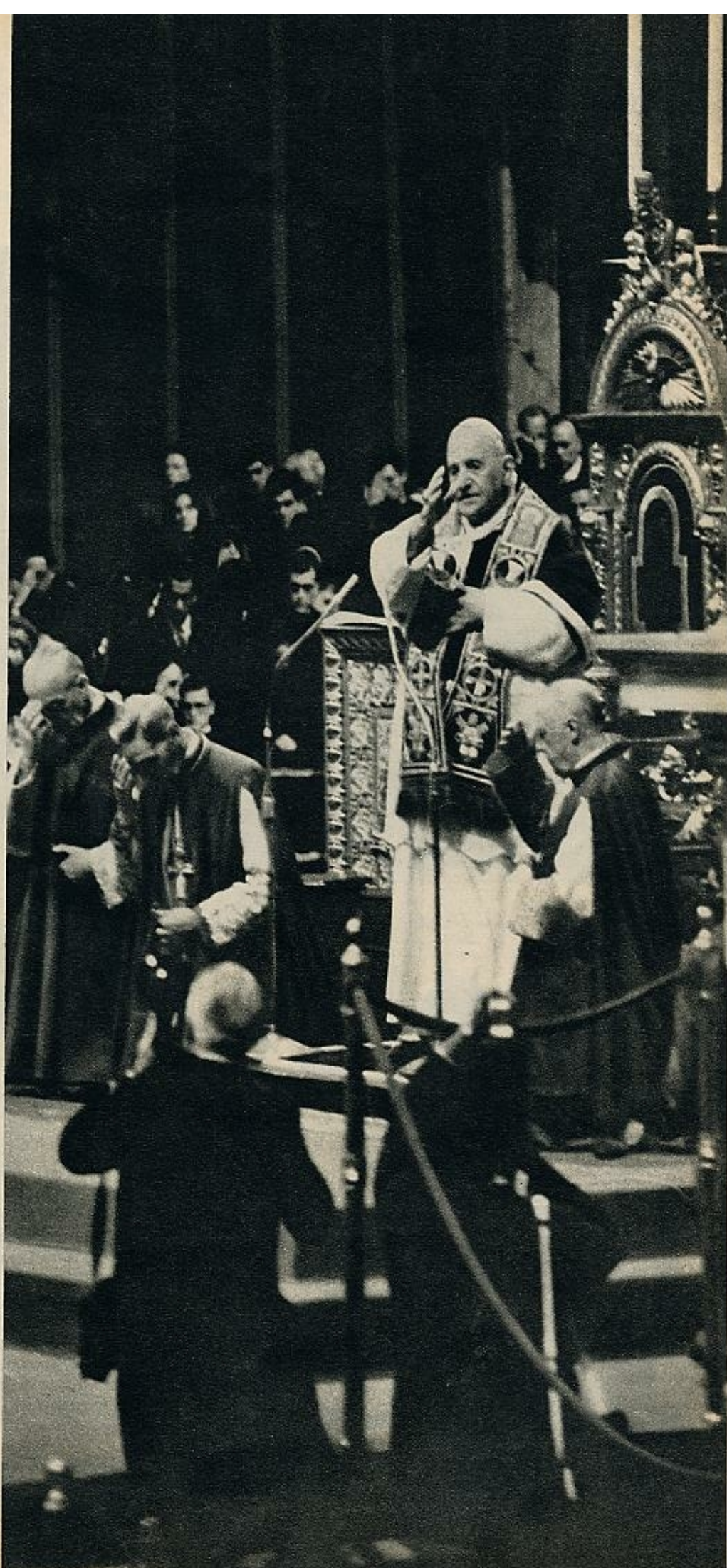
El Concilio ha aceptado ya, en principio, el uso de las lenguas comunes en la Liturgia —salvo en el Canon de la Misa—, primer fruto de esta Sesión que ahora ha terminado, y no continuará hasta septiembre de 1963.

Otro fruto —y no el menos importante— ha sido la Petición de refundición del esquema de unidad de la Iglesia presentado, con el preparado por la Comisión para la Unión de los Cristianos. Así se ha tenido en cuenta la opinión de quienes, como el Cardenal Bea, está en contacto constante con este vivo problema de los hermanos cristianos separados de nosotros, y para el cual veía, como único camino de solución, recordar el mandato de San Pablo: «Considerad a los otros como superiores a vosotros.» Es lo mismo que hicieron los Obispos alemanes, antes de inaugurar el Concilio, afirmando que «las investigaciones históricas objetivas sobre la Iglesia católica muestran, en forma elocuente, que hubo muchas faltas y escándalos graves en la vida de la Iglesia al fin de la Edad Media; y esto nos incita a decir el Yo pecador», porque «debemos sentirnos implicados de mil maneras en la tragedia de la Iglesia en nuestro país», por «el escándalo de la milusecular división de los cristianos».

No se pueden cerrar estas notas sin recordar algo que ha sido muy poco comentado: la presencia de un observador católico seglar: el pensador y profesor Jean Guitton. Algunos se han extrañado por ello, porque consideran ciertos libros suyos poco menos que al borde de la heterodoxia. Juicio éste precipitado, porque a pesar del arriesgado esfuerzo crítico de pensamiento que ha hecho este escritor, siempre se mantiene dentro del recto sentido católico, y no hace sino delimitarlo con más cuidado que otros autores más confusos, y que con excesiva ligereza condenan lo que, en rigor de verdad, no es condenable. Es el Papa el que le ha llamado a participar en estas tareas, y el haber elegido a tal autor es un síntoma que debe servir de ejemplo a los cristianos, recordando dos cosas muy olvidadas: que «la teología no es patrimonio de los clérigos» (Aldana, S. J.); y, como dijo San Agustín, que «se irriten contra nosotros los que ignoran lo laboriosa que es la búsqueda de la verdad... Pero yo no lo puedo de ninguna manera».

Entre católicos, y mientras «la Santa Sede no haya emitido su dictamen...», hay que abstenerse de acusar de sospechoso en la fe, o de faltar a la disciplina eclesiástica, a quienes sostengan opiniones contrarias a la suya propia, por esta sola causa» (Benedicto XV).

(Fotos exclusivas ITALPRESS)



El Papa imparte su bendición en el acto final de la primera parte del Concilio. «La ceremonia de hoy —diría en su discurso— no significa la interrupción de los trabajos. Por el contrario, la tarea que nos está reservada a todos será de tan gran importancia que no habrá tenido parangón en el curso de los intervalos de las sesiones de otros Concilios.»